



DEBATE

# POLÍTICA EXTERIOR DE ESPAÑA Y RELACIONES CON AMÉRICA LATINA

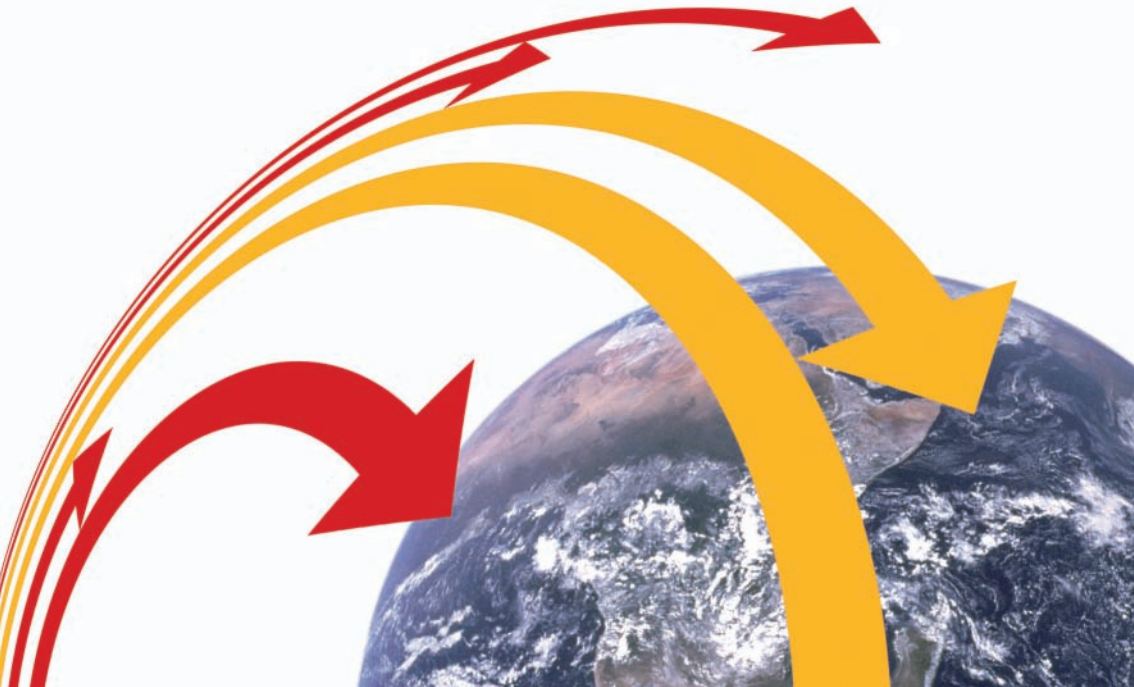
**Marcelino Oreja**, exministro de Asuntos Exteriores

**Carlos Westendorp**, exministro de Asuntos Exteriores

**Josep Piqué**, exministro de Asuntos Exteriores

**Trinidad Jiménez**, ministra de Asuntos Exteriores y Cooperación

Moderadora: **Rosa Conde**, directora de la Fundación Carolina





DEBATE “POLÍTICA EXTERIOR DE ESPAÑA  
Y RELACIONES CON AMÉRICA LATINA”



DEBATE

# POLÍTICA EXTERIOR DE ESPAÑA Y RELACIONES CON AMÉRICA LATINA

**Marcelino Oreja**, exministro de Asuntos Exteriores

**Carlos Westendorp**, exministro de Asuntos Exteriores

**Josep Piqué**, exministro de Asuntos Exteriores

**Trinidad Jiménez**, ministra de Asuntos Exteriores y Cooperación

Moderadora: **Rosa Conde**, directora de la Fundación Carolina



Primera edición: octubre 2011

© Fundación Carolina  
C/ General Rodrigo, 6 - 4º  
Edificio Germania. 28003 Madrid  
[www.fundacioncarolina.es](http://www.fundacioncarolina.es)  
[informacion@fundacioncarolina.es](mailto:informacion@fundacioncarolina.es)

Estos materiales están pensados para que tengan la mayor difusión posible y que, de esa forma, contribuyan al conocimiento y al intercambio de ideas. Se autoriza, por tanto, su reproducción, siempre que se cite la fuente y se realice sin ánimo de lucro.

Están disponibles en la siguiente dirección:  
<http://www.fundacioncarolina.es>

Imagen de cubierta: Sendín y Asociados S.L.  
Realización gráfica: Calamar

Depósito Legal: M-XXXXXX-2011

# ÍNDICE

## I. PRESENTACIÓN

<i>Imma Turbau</i> , directora de Casa de América .....	9
<i>Celestino del Arenal</i> , catedrático de Relaciones Internacionales (UCM) .....	11

## II. DEBATE

<i>Rosa Conde</i> , directora de la Fundación Carolina .....	17
<i>Marcelino Oreja</i> , ministro de Asuntos Exteriores (1976-1980) .....	21
<i>Carlos Westendorp</i> , ministro de Asuntos Exteriores (1995-1996).....	29
<i>Josep Piqué</i> , ministro de Asuntos Exteriores (2000-2002).....	35
<i>Trinidad Jiménez</i> , ministra de Asuntos Exteriores y Cooperación (2010- ).....	45





# I. PRESENTACIÓN

*Inma Turbau*

Directora de Casa de América

Buenas tardes, muchas gracias por su asistencia. Buenas tardes, ministra, buenas tardes ministros, presidente Betancur, secretarios de Estado, directora de la Fundación Carolina, embajadores y autoridades.

Es un honor dar la bienvenida a Casa de América a una mesa excepcional, a un panel excepcional no sólo por la calidad de sus ponentes, sino especialmente por la pluralidad y la diversidad de opiniones que en ella se encuentran.

La publicación por parte de la siempre pertinente Fundación Carolina del libro *Política Exterior de España y Relaciones con América Latina* nos ha dado el punto de partida para este encuentro y felicito por ello a su autor, Celestino del Arenal, catedrático de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid. Gracias porque su infatigable labor de recopilación y reflexión ha hecho que hoy podamos volver la vista sobre nuestra historia, de la mano de algunos de sus mejores protagonistas. En una época en la que, a menudo, se usa la expresión «ocasión histórica» para describir cualquier noticia, creo que sí podemos decir, sin riesgo de sonar demasiado grandilocuentes, que esta tarde, si no histórica, sí que reúne a un buen número de quienes han conformado nuestra historia reciente y la historia de los países con los que nos hemos relacionado. Vamos a disfrutar hoy de un debate sobre la política exterior de España y sus relaciones

con América Latina, protagonizado, por una vez, por sus verdaderos actores.

Agradecemos enormemente la presencia de estos cuatro ministros que han forjado esa política en estas tres décadas de democracia: Marcelino Oreja, Carlos Westendorp, Josep Piqué y Trinidad Jiménez. Sean todos muy bienvenidos.

No les robo, pues, más tiempo y, tras esta bienvenida, cedo la palabra al profesor Celestino del Arenal.

Muchas gracias.

## *Celestino del Arenal*

Catedrático de Relaciones Internacionales [UCM]

Buenas tardes, ministra, ministros, directora de la Fundación Carolina.

El libro *Política exterior de España y relaciones con América Latina*, que presentamos en este acto, representa un análisis global y pormenorizado de lo que ha sido la política exterior española y la política iberoamericana desde 1976 hasta la primavera de 2011. No se trata de una simple exposición de lo que han sido esas políticas, sino que se pretende también interpretar las mismas, como forma de hacerlas realmente comprensibles.

Aunque la política exterior ha empezado a ser objeto de atención creciente por parte de los especialistas, muy en concreto a partir del inicio de la transición democrática, en 1976, sin embargo, continua siendo todavía uno de temas menos estudiados de la vida política española, sobre todo en sus expresiones más actuales.

Lo dicho respecto de la política exterior en general, se podría decir igualmente en relación a la que constituye una dimensión clave de la misma, la política iberoamericana, si bien en este caso, por razones identitarias y afinidades históricas, lingüísticas y culturales y, cada vez más, por razones económicas y sociales, ésta ha sido objeto de una mayor consideración, existiendo ya una cada vez más importante literatura sobre la misma. Con todo, continúan existiendo importantes lagunas en muchos de sus aspectos y periodos.

El libro no pretende llenar todas esas lagunas, ni ofrecer una investigación exhaustiva de lo que ha sido la política exterior española y la política iberoamericana hasta nuestros días, pero sí aspira a proporcionar una visión y un análisis global y creemos que bastante completo de las mismas.

Sobre la base de estos planteamientos, después de dos capítulos introductorios sobre el significado y trascendencia que, tanto histórica como actualmente, tienen las relaciones entre España y América Latina y sobre la política exterior y la política hispanoamericana del franquismo, el núcleo central de la obra se inicia con un capítulo dedicado a proporcionar una visión general de la política exterior de la España democrática, que sirva de marco al análisis que, en términos mucho más concretos, se va a ir haciendo en los capítulos posteriores de la política exterior e iberoamericana de los sucesivos Gobiernos democráticos.

De esta forma, se abordan tres temas generales, que entendemos gravitan especialmente sobre la política exterior española y que deben ser objeto de especial atención por los políticos.

El primero, el tema polémico, pero, en nuestra opinión, clave, del consenso o el disenso en la política exterior y de la consideración de la misma como una política de Estado.

El segundo, el tema de la transición en materia de política exterior, fundamental para entender la formulación del modelo de política exterior que pone en marcha la España democrática y algunas de sus contradicciones y lagunas.

El tercero, el tema de los giros y vaivenes, en algún caso radicales, que ha experimentado ese modelo de política exterior hasta nuestros días, según la orientación política de los sucesivos Gobiernos democráticos, pues es evidente, como se pone de manifiesto en el libro, que existen diferencias muy significativas entre las distintas políticas exteriores desarrolladas por los Gobiernos de Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo-Sotelo, Felipe González, José María Aznar y José Luis Rodríguez Zapatero.

Se trata, en consecuencia, de un capítulo en el que se pretenden ofrecer las principales claves para entender la política exterior española desde 1976 y lo que han sido las grandes líneas de esa política hasta el presente, como paso preparatorio y previo al estudio más detallado de la política exterior española, que se hace en los capítulos posteriores.

A partir de esa visión general de la política exterior, se procede a hacer lo mismo con la política iberoamericana de los Gobiernos democráticos hasta el presente, analizando la nueva política, los distintos condicionantes de la misma, en concreto, el carácter de potencia media de España, la relación con Estados Unidos y la pertenencia a la Unión Europea, que van a marcar esa política, así como los diferentes ámbitos, bilateral, regional, con especial atención a las Cumbres Iberoamericanas, europeo y no gubernamental, en los que se materializa la misma y el especial protagonismo que la Corona ha tenido y tiene en esa política.

Sobre esas bases, en los siguientes capítulos se pasa a analizar, en consecuencia, primero, la política exterior y, después, específicamente, la política iberoamericana desarrollada por los distintos Gobiernos democráticos, con especial atención a la impronta personal que los distintos presidentes de Gobierno han impuesto a las mismas.

En esta línea, se analiza la política exterior puesta en marcha por los Gobiernos centristas de Adolfo Suárez y Leopoldo Calvo-Sotelo, entre 1976 y 1982, con sus correspondientes características, para desde ese punto de partida estudiar, en concreto, sus políticas iberoamericanas, que presentan igualmente significativas diferencias en uno y otro caso. Serán los Gobiernos de Suárez, no sin contradicciones, los que normalizarán la presencia internacional de España y los que sentarán, en términos generales, las bases fundamentales de la política iberoamericana, que desarrollarán y profundizarán, con éxito, los Gobiernos socialistas de Felipe González.

A continuación, con la misma lógica, se analiza, primero, el proyecto de política exterior de los Gobiernos de Felipe González, basado principalmente en la búsqueda de un equilibrio entre los intereses y los valores y en la afirmación de unos relativos márgenes de autonomía, y, después, la política exterior puesta en práctica por los mismos, en sus principales dimensiones, europea, seguridad y defensa, mediterránea y multilateralismo.

Sobre la base de lo anterior, se estudia igualmente el proyecto socialista de política iberoamericana, con su especial atención a la defensa de los derechos humanos y la democracia, así como su articulación en la práctica, en diferentes ámbitos, como son la política centroamericana, las relaciones con otras subregiones de América Latina, la política hacia

Cuba, la cooperación al desarrollo, el proceso de puesta en marcha y desarrollo de las Cumbres Iberoamericanas y el especial papel jugado por España en el desarrollo de las relaciones entre la Comunidad Europea y América Latina.

Los Gobiernos de Felipe González, entre 1982 y 1996, serán los principales artífices de lo que constituirá el modelo de política exterior e iberoamericana característico de la España democrática, si se exceptúa el periodo 2002-2004, en el que la política exterior caminará por otros rumbos.

Idéntica sistemática se sigue en el análisis de la política exterior y de la política iberoamericana de los Gobiernos populares de José María Aznar, entre 1996 y 2004, empezando por lo que fue el proyecto popular de política exterior y continuando por sus desarrollos en la práctica.

Durante este periodo se distinguen dos etapas. Una, de 1996 a 2002, caracterizada, en términos generales, por el continuismo en relación a la política desarrollada por los Gobiernos de Felipe González, aunque con algunos acentos propios respecto de Estados Unidos y Cuba, y otra, de 2002 a 2004, diferente a la anterior, marcada por los atentados terroristas del 11-S en Estados Unidos, por el alineamiento con la Administración Bush en la guerra de Irak y el debilitamiento del multilateralismo.

Este cambio en la política exterior tiene su reflejo lógico en la política iberoamericana, que se analiza a continuación. Una política que, a partir de 2002, pasa a estar fuertemente marcada por el atlantismo en lo bilateral y por una estrategia unilateral en el seno de las Cumbres Iberoamericanas. Se termina el estudio de la política iberoamericana de los Gobiernos de Aznar con un análisis del papel jugado en las relaciones entre la UE y América Latina.

Siguiendo con el análisis de la política exterior e iberoamericana, a continuación se estudian las desarrolladas por los Gobiernos socialistas de Rodríguez Zapatero, entre 2004 y principios de 2011. Se sigue el mismo esquema que con los anteriores Gobiernos, procediéndose, en primer lugar, a analizar el proyecto socialista de política exterior, para a continuación pasar a estudiar sus distintos desarrollos, multilateralismo, política europea, relaciones con Estados Unidos, relaciones con Marruecos y política hacia Oriente Próximo, política hacia Asia-Pacífico y África Subsahariana y cooperación al desarrollo.

Sobre esa base se procede a analizar la política iberoamericana de los Gobiernos de Rodríguez Zapatero, incidiendo especialmente en la afirmación de la autonomía y el giro social que experimenta, en la nueva política de diálogo constructivo con Cuba, en la nueva estrategia de liderazgo compartido en las Cumbres Iberoamericanas y en los resultados de la Cumbre América Latina y el Caribe-UE, celebrada en Madrid, en mayo de 2010.

La obra termina con un capítulo dedicado a las perspectivas de futuro de la política exterior española, que se centra en plantear los principales retos a los que se enfrenta, primero, la política exterior en general y, después, la política iberoamericana en particular, desde la perspectiva de la afirmación de España como una potencia media con proyección global.

En este sentido, consideramos que ante el nuevo escenario global, latinoamericano, europeo y español, la política exterior y la política iberoamericana no pueden permanecer inalterables, no pueden continuar ancladas en presupuestos, criterios, ejes de actuación y pautas de comportamiento propias del siglo XX, so pena de que esa política exterior sea cada vez más ineficaz, menos atractiva para otros actores internacionales y presente cada vez mayores contradicciones, que la debiliten desde la perspectiva de la defensa de los intereses nacionales.

Deben, en consecuencia, tratar de redefinirse en términos nuevos y con perspectivas diferentes, al menos en parte, a las que las han caracterizado tradicionalmente, en función de los nuevos desafíos y el proceso de cambio que presenta el siglo XXI.

En nuestra opinión, algunos de los principales retos a los que se enfrenta la política exterior serían, en concreto, simplemente enumerándolos por razones obvias de tiempo, los siguientes:

- El desarrollo de una política de Estado, basada en el consenso.
- En segundo lugar, consecuencia de lo anterior, el diseño de un proyecto de política exterior global y coherente en todos sus términos y proyecciones.
- Tercero, un adecuado equilibrio entre intereses y valores. Nos encontramos ante la difícil cuestión de la búsqueda de un equilibrio

entre los valores y los intereses, que implica combinar adecuadamente la defensa de los intereses con la defensa de los valores que inspiran la política exterior española.

- Cuarto, una política exterior con unos relativos márgenes de autonomía.
- Quinto, la articulación de coherentes políticas transversales, entre otras, en materia de terrorismo, inmigración, cambio climático, cooperación, cultura y lengua española, como forma de dar adecuada respuesta a las amenazas a los intereses nacionales.
- Finalmente, entendemos que para poder dar respuesta a los anteriores retos es indispensable culminar el proceso de reforma y potenciación del Servicio Exterior.

En el caso de la política iberoamericana, el principal reto que planteamos es la formulación de un Plan Iberoamérica, que establezca un Plan de Acción para la región, y la definición de estrategias-país para cada uno de los Estados latinoamericanos, prestando una mayor atención a las relaciones bilaterales, articulando políticas bilaterales mucho más ajustadas a cada país, que tomen en consideración las peculiaridades políticas, económicas y sociales de cada uno de ellos y los nuevos escenarios latinoamericano, europeo y global.

Esta breve presentación no podía acabar sin una referencia de agradecimiento a algunas personas que han tenido un papel relevante en realización de este libro.

En concreto, debo manifestar mi agradecimiento a la Fundación Carolina y, muy especialmente, a su directora, Rosa Conde, que desde el primer momento acogió favorablemente este proyecto, y a Marisa Revilla, Tomás Mallo y Alfonso Gamo que, desde el Centro de Estudios para América Latina y la Cooperación Internacional (CeALCI) de la Fundación Carolina, me han brindado todo tipo de facilidades para la consecución con éxito del mismo.

Muchas gracias.



## II. DEBATE

*Rosa Conde*

Directora de la Fundación Carolina

Buenas tardes a todos y gracias por su presencia hoy aquí. Y gracias a Casa de América, por acogernos, como siempre, en su sede.

Es habitual, ministros, comenzar un debate como el de hoy dando las gracias a los participantes en la mesa redonda, pero, en este caso, el agradecimiento de la Fundación Carolina –y el mío propio– es totalmente sincero y está lejos de ser protocolario, porque sé el esfuerzo que todos habéis tenido que hacer para estar hoy aquí y, sobre todo, la ministra Trinidad Jiménez que ha tenido que salir materialmente corriendo de su comparecencia en el Congreso de los Diputados para poder acompañarnos.

Muchas gracias a ella y muchas gracias a los tres ministros, que representan las cuatro grandes fases de la política exterior de esta etapa histórica de la democracia española.

He de decir que la respuesta a mi petición de participar en este debate ha sido extraordinariamente positiva por parte de todos y desde el primer momento. Desde que accedí a la dirección de la Fundación Carolina he creído que un debate de esta naturaleza podría resultar interesante y, además, oportuno. Sé bien la importancia de América Latina en la política exterior española y sé, también, que para la ministra es especialmente querida.

A lo largo de estos años no he encontrado el momento de organizar este debate, y el libro de Celestino del Arenal, que acabamos de pu-

blicar en la fundación en colaboración con Siglo XXI, me ha brindado la ocasión perfecta para hacerlo. Por ello, mi agradecimiento a Celestino por haber escrito este texto, que es serio, riguroso y ponderado. También quiero darle las gracias porque, en esta nueva etapa de la Fundación Carolina, Celestino del Arenal es una pieza clave de su nueva arquitectura y de su nueva estructura.

Si algo me ha atraído siempre de la política exterior es su carácter de política de Estado. Es una política que reclama, como bien ha señalado Celestino, realizar el mayor esfuerzo de continuidad a lo largo del tiempo y, por eso mismo, es una política que exige el máximo consenso, tanto en su formulación como en su ejecución. Puede decirse que, con conocidas excepciones, éste ha sido el caso de las grandes líneas de nuestra política exterior desde la transición democrática y, muy especialmente, en relación con América Latina. Y aunque el consenso se haya roto –y todos los ministros lo saben– en determinadas ocasiones, en más momentos de lo que nos hubiera gustado, creo que siempre ha prevalecido la voluntad de alcanzarlo.

En la etapa de UCD, la actuación de Marcelino Oreja constituye sin duda un buen ejemplo de ese esfuerzo, desarrollado entre 1976 y 1980. Durante la etapa socialista, presidida por Felipe González, a Carlos Westendorp, tanto en su etapa de ministro como en su trayectoria anterior, se le asocia al esfuerzo por mantener un espíritu de diálogo y consenso durante la negociación y la gestión de la entrada y puesta en marcha de nuestra presencia en las Comunidades Europeas. A mi juicio, ministro Piqué, la etapa más difícil para dirigir la política exterior con esa articulación de consenso fue la tuya, porque hubo un momento realmente difícil, pero creo que es justo señalar que, con tu talante personal, trataste de suavizar las durezas que hubo en algún momento en la confrontación política de aquellos años.

En el periodo más reciente, los Gobiernos de José Luis Rodríguez Zapatero han restablecido un grado razonable de consenso en las líneas fundamentales de los asuntos internacionales, y nadie puede negarte, ministra, la voluntad que has manifestado desde el primer momento, tanto cuando eras secretaria de Estado como ahora, de ministra, de alcanzar siempre el mayor grado de acuerdo en la política exterior.

Antes de daros la palabra a los cuatro protagonistas, quería hacer algo un tanto arriesgado que es decir lo que yo creo que es el logro más importante de cada uno de estos cuatro momentos de la política exterior.

A los Gobiernos de Adolfo Suárez les corresponde el mérito de haber normalizado las relaciones internacionales de nuestra democracia y haber sentado las bases de la posterior política exterior. El ejemplo más claro es el inicio de la negociación de nuestra adhesión a las Comunidades Europeas.

Los Gobiernos de Felipe González protagonizaron, con un amplio apoyo, la entrada de España en la Comunidad Europea y alcanzaron un alto grado de protagonismo en el proceso de construcción europea, así como la definición, entre otras, de la política española en el espacio atlántico, y una cosa importante –que luego refuerza el Gobierno de Aznar– como es la creación de las Cumbres Iberoamericanas.

Los Gobiernos de José María Aznar culminaron la entrada de España en la Unión Económica y Monetaria, con la adopción del euro, y crearon un espacio esencial para América Latina que es la Secretaría General Iberoamericana, sin duda alguna el verdadero motor de las cumbres, y cuyo secretario general es Enrique Iglesias. Con toda modestia, quiero recordar también que a la etapa del ministro Piqué corresponde la creación de varias instituciones de democracia pública, entre ellas, la Fundación Carolina.

Y finalmente, los Gobiernos de José Luis Rodríguez Zapatero han protagonizado un importante giro social de nuestra política exterior, sobre todo con el incremento espectacular–lo compartirás conmigo, ministra– de la cooperación para el desarrollo. Y en esta última etapa, dominada como a nadie se nos escapa por la recesión económica mundial, se ha conseguido que España esté presente en el G-20, precisamente en el momento en que se hace evidente la imperiosa necesidad de reforzar las instituciones de gobernanza económica global.

Esos son, a mi juicio, los rasgos más significativos de cada una de las etapas. Y ahora os doy la palabra a vosotros, que sois los protagonistas.

Empezamos por Marcelino Oreja. Marcelino, tienes la palabra.



## *Marcelino Oreja*

Ministro de Asuntos Exteriores (1976-1980)

Muchas gracias a la directora Rosa Conde, y a la Fundación Carolina, por su presentación y por su invitación.

Quisiera comenzar felicitando al autor del libro. Un libro de política exterior, que afecta a un periodo en que se ha ejercido una responsabilidad de Gobierno, es como ser fotografiado sin saber cómo se va a salir. Debo confesar que yo estoy muy de acuerdo con esta fotografía, en lo que me afecta, es decir, el período que va desde el final de 1975 cuando fui subsecretario, con Areilza, hasta el final de 1980. Y estoy de acuerdo con lo que pueda haber de elogio, pero también con lo que hay de crítica. Constató que muchas de las cosas que hicimos, y no las hicimos del todo bien, están recogidas con agudeza y con rigor.

Voy a referirme poco al libro, porque el tema que tengo que desarrollar es la época en que tuve responsabilidad de Gobierno, pero sí quiero poner de relieve, primero, que el autor marca con acierto las líneas fundamentales de la política exterior de aquella etapa.

Empieza hablando de lo que él llama la iberoamericanidad, la europeización y el atlantismo. Y es verdad que son las tres líneas, los tres ejes fundamentales de la política exterior y lo fueron ciertamente en esa primera etapa.

Destaca de una forma muy especial los vínculos y las interdependencias, los valores e intereses de la comunidad iberoamericana. Hay un

momento en que puede parecer que el libro se concentra fundamentalmente en política exterior de Iberoamérica, y es un tema al que dedica una atención muy especial y probablemente preferente, pero dedica también su análisis a los demás temas. A la política exterior de la democracia, a las distintas etapas, y abarca, además, algunos temas, uno de los cuales se ha mencionado hace un instante, que es el debate en torno al consenso en la política exterior de España, a partir de 1977, y menciona muy especialmente el alcance y sentido del consenso, la ruptura y la ausencia del mismo, la necesidad de que España recupere un consenso, un consenso democrático, en el sentido de que exprese las posiciones y los intereses de la sociedad española.

Y a continuación recoge los puntos de vista de distintos autores respecto del tema del consenso, aquellos que creen que debe de ser una práctica habitual –y creo que Celestino del Arenal se alinea en ese sentido–, aquellos otros que niegan la necesidad de que haya ese consenso, y aquellos otros que creen que debe haber un consenso sobre temas de carácter estratégico.

En el último capítulo, que me parece especialmente interesante, marca cuáles son los principales retos de la política exterior española. La necesidad de una política exterior global y coherente, en todos sus términos y proyecciones, el equilibrio entre intereses y valores –cuestión muy importante y que hubo que tener muy presente a lo largo de los años–, el poder duro y el poder blando, la articulación de políticas transversales y, por fin, su propuesta sobre la reforma y potenciación del Servicio Exterior.

Sin embargo, el tema al que voy a dedicar mi atención en estos minutos, va a ser al periodo entre diciembre de 1975 y el final de 1980.

Antes haré una mención brevísima a un tema que a mí siempre me ha llamado la atención –y que desarrolla entre otros, muy bien, Charles Powell– que es si un cambio de régimen exige una nueva política exterior.

Yo coincido con él en que, incluso en los casos extremos, de creación de nuevos Estados, o de transformación radical de Estados ya existentes, siempre se pueden encontrar elementos de continuidad, atribuibles por lo general a factores geográficos, históricos o culturales. En el

caso español, debo decir que hubo cambios –y se han mencionado aquí, y Rosa Conde lo ha dicho hace un momento–, cambios muy significativos en política exterior.

Y esos cambios fueron, en buena medida, diseñados ya en el primer semestre de 1976 por José María de Areilza como ministro de Asuntos Exteriores, pero las circunstancias políticas impidieron llevarlos a la práctica por la resistencia que ofreció el entonces presidente del Gobierno, Carlos Arias. Quiero hacer ahora públicamente un elogio de José María de Areilza porque marcó las grandes líneas que nosotros –que yo por lo menos– seguiríamos en adelante. Firmó un tratado importante, el Tratado de Amistad y Cooperación con Estados Unidos en enero de 1976, le correspondió poner fin a la presencia de España en el Sahara occidental el 26 de febrero, tema extraordinariamente delicado, tengan en cuenta que partíamos de los Acuerdos de Madrid del 14 de noviembre de 1975, no era fácil llevarlo a cabo, lo hizo con un gran rigor, y por último, hizo una visita a los países comunitarios, en los que más que de política exterior, se hablaba de la política interior que él creía que debía hacerse en España, que no se hacía exactamente, pero que fue la más adelante se llevó a cabo después de que él abandonó el Gobierno.

Y contribuyó también al éxito del viaje del Rey en el mes de mayo de 1976, que fue un éxito extraordinario con aquel discurso magnífico del Rey ante el Congreso de los Estados Unidos.

En 1976, en el mes de julio, con Adolfo Suárez presidente del Gobierno, pudimos desarrollar los proyectos que habían sido intuidos en la etapa anterior. Celestino del Arenal hace bien en distinguir dos etapas en aquellos años, una primera etapa que va de 1976 a 1977, es decir, todavía una etapa predemocrática, y una segunda parte que va desde 1977 a 1980.

La primera parte fue fundamentalmente de preparación; lanzamos algunas ideas, sobre todo de nuestro interés por la política comunitaria, éramos conscientes que lo que había que hacer era salvaguardar el tratado comercial preferencial que se había firmado en el año 1970. En ese momento no estábamos en condición de entrar en la Comunidad, pero sí estábamos convencidos de que llegaría el momento de hacerlo y que, para eso, el paso previo eran unas elecciones generales como las que se celebraron en 1977. Pero fuimos ya preparando el ambiente para esa realidad.

Y se hizo también mucho hincapié en los temas de Iberoamérica, especialmente con los países del Pacto Andino. Era un momento en que los países del Pacto Andino celebrarían frecuentes reuniones e invitaron especialmente a España a formar parte del Consejo que habían constituido. Yo visitaba, al menos tres o cuatro veces al año, Iberoamérica, sobre todo para participar en aquellas reuniones del Pacto Andino.

Pero el hecho más significativo del primer Consejo de Ministros del Gobierno Suárez fue el tema de las relaciones con la Santa Sede, que habían estado enturbiadas en los últimos años del franquismo, con dificultades que parecían insuperables y lo parecieron también en el primer Gobierno de la monarquía porque había una gran resistencia del presidente del Gobierno a dar el paso que era indispensable: la renuncia al derecho de presentación de obispos.

El Rey, antes del primer Consejo de Ministros, dejó bien claro que estaba decidido a marcar un paso importante en las relaciones con la Santa Sede y renunciar al derecho de presentación, y eso se puso en marcha en un período brevísimo. En cinco días, el jefe de su Casa fue a la Santa Sede para anunciar la renuncia del Rey y veinte días después estaba yo en Roma para la firma de primer convenio que culminaría dos años y medio después, con los cuatro convenios que sustituirían al concordato de 1953.

Se ha hablado de consenso. Debo decir que el consenso estuvo presente en toda la negociación y sobre todo en el momento final. Tanto en el Senado, como en el Congreso de los Diputados, fue prácticamente unánime la aprobación de los cuatro convenios y estos cuatro convenios hoy —han transcurrido más de 30 años— siguen todavía en pie.

¿Cuál es la primera preocupación que se plantea al Gobierno de Adolfo Suárez en 1977? En el primer Consejo de Ministros, en la declaración del Gobierno, se anuncia ya la decisión de dar los pasos para la entrada en la Comunidad Europea. En el segundo Consejo de Ministros, que es del 20 de julio, se anuncia que el ministro de Asuntos Exteriores presentará la carta de solicitud en unos días. El presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, contacta con los líderes políticos, y concretamente antes de ese segundo Consejo de Ministros del 20 de julio se reúne con Felipe González para anunciarle que se va a tomar esa decisión.



La decisión no fue fácil porque había quienes pensaban –incluso miembros del Gobierno– que era precipitada. Yo insistí mucho en que se llevara a cabo y no tuve ninguna dificultad en convencer a Adolfo Suárez. El que me convenció plenamente fue el director general de Relaciones Económicas, Raimundo Bassols, que conocía a la perfección el tema de las relaciones con las Comunidades y me explicó la importancia que tenía el que no se despegaran Grecia y Portugal, que estaban ya también en liza esperando la entrada; Grecia lo hace el año 1980, unos años más tarde, el mismo día que nosotros, lo hará Portugal.

El 27 de julio de 1977 voy a Bruselas y el 28 de julio hago la entrega de la carta a las autoridades, tanto al presidente de la Comisión, que era Roy Jenkins, como al presidente del Consejo, que era en ese momento el belga Henri Simonet, y desde ahí comienzan las fases, que serían difíciles, porque el comienzo formal de negociaciones no se haría hasta 1979.

En verdad, esos primeros meses fueron de un trabajo muy intenso por parte de Adolfo Suárez que visitó todas las capitales comunitarias y trasladó la percepción de la convicción democrática de España, las ideas respecto de la Comunidad. El 28 de julio, después de todos los actos comunitarios, gracias al embajador de España en Bruselas, Nuño Aguirre de Cárcer, yo celebré una reunión informal –no diré que secreta, pero sí privada– con el secretario general de la OTAN, que era Joseph Luns, antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Holanda. Como aquel proceso comunitario tenía su tiempo, el Gobierno pensó que era conveniente precipitar la entrada en el Consejo de Europa.

En relación con Europa, el siguiente paso después de la presentación de la carta de solicitud de apertura de negociaciones con las Comunidades fue la entrada en el Consejo de Europa. En aquel momento no era fácil, porque había una cierta desconfianza por la situación que había atravesado Portugal. Juan Antonio Yáñez –que está aquí hoy– conoce muy bien el tema, estaba presente y lo siguió de una manera muy directa. Mantuve una conversación, a instancias del ministro de Asuntos Exteriores austriaco, Pahr, con el canciller austriaco Bruno Kreisky, que era un buen conocedor del mundo europeo, del mundo internacional, amigo de España, presidente de la Internacional Socialista y me dijo Pahr: «Hable usted con Kreisky para ver cómo puede usted acelerar los plazos». Kreisky me dijo:

«Mire usted, yo voy a hablar con el presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa y vamos a ver qué se puede hacer.»

Y la respuesta fue: «Si todos los líderes políticos van a Estrasburgo, participan en la Asamblea parlamentaria y hacen una declaración de que la futura Constitución reunirá todos los principios que están recogidos en el Convenio de Derechos Humanos y Libertades Fundamentales, no tendrán ustedes problema.»

Así se hizo. Hubo una participación muy activa de todos los líderes políticos, allí estuvieron Santiago Carrillo, Felipe González, Manuel Fraga, Ignacio Camuñas... es decir, hubo una presencia de todos los grupos políticos. Hubo un discurso muy importante que tuvo Felipe González en el grupo socialista donde defendió con gran insistencia la entrada de España, de tal manera que el día 12 de octubre se aprobó por la Asamblea Parlamentaria, y el día 24 de noviembre, pude firmar en nombre de España la entrada al Consejo de Europa.

Me recibió el secretario general con unas palabras del Quijote, diciendo aquello de: «La libertad, Sancho, es uno de los más altos dones que a los hombres prestan los cielos.» Y con eso procedí a la firma de la adhesión y, al mismo tiempo, la firma del Convenio de Derechos Humanos y Libertades Fundamentales.

Esto es por consiguiente, un primer capítulo. Ese mismo día, el 24 de noviembre, por la tarde, celebré una entrevista con David Owen, secretario del Foreign Office. Terminé el trabajo a las 7 de la tarde, y desde las 7 de la tarde hasta la 1 o las 2 de la mañana estuve reunido con David Owen, y fue una de las muchas reuniones que tuvimos en relación con Gibraltar.

Respecto del tema de Gibraltar, voy a concentrarme solamente en una fecha, que es la de 1980, después de las distintas conversaciones con David Owen, con quien hubo algunos progresos, pero relativamente escasos; finalmente sería con un secretario del Foreign Office del Gobierno Thatcher, Lord Carrington, con quien se firmó la Declaración de Lisboa, en la que el Gobierno británico aceptó iniciar negociaciones para solucionar, se decía, «todas las diferencias sobre Gibraltar». El Gobierno español decidió restablecer la comunicación con Gibraltar y se acordó la reciprocidad y el reconocimiento de plena igualdad de derechos.

Tuvo un respaldo pleno de las fuerzas políticas. Había informado previamente al Congreso de los Diputados y al Senado y obtuvo la aprobación de todas las fuerzas políticas, una señal más de la importancia que tiene el consenso en política exterior.

De los demás temas tendré que pasar también muy deprisa para no excederme del tiempo que me han dado.

Uno fue la apertura de las relaciones diplomáticas al mundo. Decía antes la directora de la Fundación Carolina, cómo se abrió España al mundo. Establecimos relaciones con diecinueve países. El año 1976, por ejemplo, parecía imposible que estableciéramos relaciones con la Unión Soviética y, sin embargo, se establecieron muy poco después y fueron unas relaciones muy cordiales. Yo visité la Unión Soviética y tuve unas largas entrevistas con Gromiko, que unos meses después correspondió a mi visita y vino a visitar España. Y así con otros 18 países.

Si me preguntasen cuál es el tema que me dio más disgustos, yo tengo que confesar que no tengo ninguna duda en la respuesta: el Sahara. El tema del Sahara yo lo había conocido ya en la época en que trabajé con Castiella que fue mi gran maestro –y constato que Celestino del Arrenal es un sobrino de Castiella, cosa que me da una gran satisfacción, porque fue mi gran maestro de política exterior– y viví por consiguiente el tema del Sahara ya en los años 60 al 70 cuando estuve en el Gabinete del ministro como director de su Gabinete. Fue el tema que me dio más problemas.

¿Por qué? Porque pesaba sobre nuestras espaldas todo el tema de los Acuerdos de Madrid de 1975. Nos pedía el grupo socialista que denunciáramos esos Acuerdos. Yo era contrario a la denuncia, pero era, sin embargo, muy partidario de dejar bien clara nuestra posición respecto al Sahara: el ejercicio de la libre determinación de la población originaria del Sahara, y esa posición que mantuvimos entonces, yo personalmente, a título puramente privado, la mantengo hoy, y así lo he expuesto en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, en una intervención que hice hace pocos meses, y pienso que ese es un camino que nosotros debemos respetar.

Pero eso, evidentemente, nos causó muchos problemas. Nos causó muchos problemas con Marruecos, e incluso nos causó problemas tam-

bién muy serios, por razones opuestas con Argelia, y Argelia provocó que los países africanos de la Organización de la Unidad Africana estuvieran a punto de aprobar un tema respecto de la africanidad de Canarias y la independencia del archipiélago. Esto es algo que parece perdido en el tiempo, que todos lo habrán olvidado, pero que a nosotros nos dio una preocupación enorme en aquellos momentos.

Con el presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso, Ignacio Camuñas, y la aprobación de todos los grupos políticos, decidimos visitar en cinco semanas cuarenta países africanos, veinte los parlamentarios, y yo los otros veinte. Saltando de un país a otro, estando día y medio en cada país, pero lo hicimos y finalmente, después de la decisión que el Consejo de Ministros había adoptado el mes de febrero, reconociendo esa africanidad, sin embargo en la reunión del mes de julio se rechazó el tema y, por consiguiente, quedó excluido del orden del día.

Termino con dos palabras sobre la política iberoamericana. De la política iberoamericana quiero decir que lo que recuerdo con mayor emoción son las relaciones con México. Las relaciones con México, después de 40 años sin relaciones, se reiniciaron gracias a la iniciativa de Santiago Roel, el canciller mexicano, que me llamó por teléfono, diciéndome que quería platicar. La plática, por fin, se consumó en el hotel Jorge V de París, donde firmamos el establecimiento de relaciones diplomáticas. Los Reyes visitaron poco después México y tengo un recuerdo gratísimo de lo que fue aquello y también de todo lo que fue la política iberoamericana que no puedo en estos momentos abordar.

Finalizo ya mencionando simplemente que comparto con Celestino del Arenal que es el peso de los valores, más allá de los intereses, el que debe inspirar una política iberoamericana y la política exterior en general, pero concretamente la política iberoamericana. Ninguna otra proyección de España descansa en un entramado de vínculos, de intereses y de interdependencias, en términos tanto gubernamentales como no gubernamentales, como en esta, con un desarrollo profundo como el que caracteriza, y debe caracterizar siempre, las relaciones con América Latina.

Muchas gracias.

## *Carlos Westendorp*

Ministro de Asuntos Exteriores [1995-1996]

Cuando Rosa Conde me habló de esta mesa redonda, y la necesidad de que cada uno de nosotros expusiera sus experiencias como ministros, yo le puse solo una condición, y es que no me limitara solamente al periodo en el que fui ministro y, por lo tanto, no me asignara el tiempo correspondiente, porque en ese caso yo me tenía que estar ya despidiendo de todos.

Lo cierto es que voy a hablarles, quizás, como el coche escoba que llegó detrás de una serie de ministros de los Gobiernos de Felipe González, que estuvieron mucho más tiempo y que acumularon una serie de logros –entiendo yo– para la política exterior española y que son: Fernando Morán, Francisco Fernández Ordóñez y Javier Solana. Tampoco sería de justicia no mencionar a otros dos ministros que precedieron y que no fueron de los Gobiernos de Felipe González, sino de Suárez y de Calvo-Sotelo: Marcelino Oreja y José Pedro Pérez Llorca. He trabajado con todos ellos y de todos ellos he aprendido muchísimo.

Querría hacer tres reflexiones generales sobre la política exterior, que además condicionan, o tienen una gran influencia, sobre la acción del ministro de turno.

La primera es que casi todo el mundo se cree un experto en política exterior. Eso, evidentemente, te obliga a estar mucho más alerta, mucho más enterado de los temas y, al mismo tiempo, te obliga a intentar

influir en el Gobierno para que no se pasen con el nombramiento de ministros que no sean diplomáticos.

La segunda de las reflexiones es que, paradójicamente, porque quizás no se compadece con lo que acabo de decir, la política interna condiciona la política exterior. Y que la política exterior, o los logros en política exterior, los resultados que se obtienen, tienen una escasísima influencia en las elecciones. Esa ha sido, al menos, la experiencia que yo he vivido todos estos años, no ya de ministro, sino de funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Y la tercera reflexión —que se ha mencionado aquí en varias ocasiones— es que en política exterior los Estados fuertes, los Estados que tienen una política exterior sólida, son los Estados que tienen un apoyo, un consenso básico, en los temas fundamentales en política exterior. Los pueblos que no tienen ese consenso son pueblos más débiles, sin duda alguna.

El gran cambio que se opera en política exterior en los años de los Gobiernos de Felipe González, que la impregna y la condiciona es, sobre todo, nuestra integración en las instituciones europeas y occidentales.

Qué duda cabe que esto es la culminación de un largo proceso iniciado por los Gobiernos —como antes nos ha explicado Marcelino Oreja— de Suárez y de Calvo-Sotelo, que culmina durante los Gobiernos de Felipe González y que, ni más ni menos, lo que hacen es situar a España en su sitio —como decía Fernando Morán— en el sitio que le correspondía. España dejaba de ser diferente, ya no éramos el hombre extraño de Europa, sino que ya pertenecíamos a la misma familia, a la que siempre debimos haber pertenecido.

Ese anclaje en las instituciones europeas tuvo unos efectos inmediatos y beneficiosos para España, en nuestra economía, en la estabilidad democrática y también, como luego veremos, en la potenciación de nuestras prioridades en política exterior. Era desde Europa, desde nuestra pertenencia a Europa, como podíamos tener mucha mayor influencia, mucha mayor presencia, mucha mayor capacidad de ayuda, en aquellas regiones que constituyen nuestras prioridades básicas en política exterior que son fundamentalmente América Latina, el Mediterráneo y el Medio Oriente y la relación transatlántica.

Yo estaba relejendo una conferencia que pronuncié en marzo de 1996, poco antes de dejar el ministerio, en el INCIPE para, por un lado, refrescar la memoria de aquel periodo y, por otro lado, para ver qué diferencias podían existir en la política exterior de entonces y la política exterior de España en estos momentos. Y realmente, yo veo muy pocos cambios. Evidentemente ha habido cambios, tanto en los demás como en nosotros mismos, que matizan por lo tanto esta afirmación, pero en lo básico, yo creo que siguen siendo las mismas prioridades y los mismos desafíos que entonces se apuntaban.

Entre las prioridades está en primer lugar, evidentemente, la prioridad europea. Europa y los vecinos en Europa, y cerca de Europa, es decir no solo la Unión Europea, sino Portugal, Francia y Marruecos, países clave para España y con los cuales era necesario estabilizar y normalizar las relaciones, cosa que yo creo que sí se hizo de manera satisfactoria.

La actitud de España ante las Comunidades Europeas, antes, y ahora la Unión Europea, ha sido siempre la de conciliar, hacer compatible la defensa de los intereses españoles con la defensa de los intereses europeos. Es más, no sólo se defienden mejor los intereses propios, los intereses nacionales, sean de política interna, para la reconstrucción económica del país, para la recepción de una cantidad importante de fondos procedentes de Europa que nos permitieron mantener, crear y desarrollar una economía más moderna de la economía que teníamos hasta el momento, creando infraestructuras, con un sistema de protección social, etc., sino también, como antes decía, para potenciar nuestra acción en aquellas áreas que son prioritarias para España.

Al defender los intereses europeos, sin duda alguna, se defendían también los intereses españoles y la prueba es que a cambio de esa actitud europeísta, muy comprometida con la construcción europea, hubo un momento en que España tuvo una serie de personas ocupando puestos, y muy relevantes, en la vida internacional, en la esfera internacional. Yo citaré al director de la UNESCO, el secretario general de la OTAN, el presidente del Comité Económico y Social de la Unión Europea, el Comité de las Regiones, el presidente del Tribunal de Justicia, yo mismo fui Alto Representante en Bosnia y Moratinos fue Representante en Oriente Medio. Y todo ello, prácticamente en el mismo momento.

Otra de las prioridades españolas, y voy a ir muy rápidamente, pero que se desarrollaron entonces y que siguen siendo prioridades, es el norte de África, el Mediterráneo y el Oriente Medio.

De aquella época es la política mediterránea de la Unión Europea, muy impulsada también por España, y de aquella época también es el proceso de Barcelona, en este eterno conflicto entre Israel y Palestina.

En América Latina empezamos en la época de la década perdida, la década de los años ochenta, con un estancamiento económico, con unas autocracias, unas dictaduras en el Cono Sur, e incluso con conflictos armados, conflictos internos, en Centroamérica. Por lo tanto, la acción tenía que estar entonces concentrada en la democratización y en la pacificación. Y a ello sumamos todos nuestros esfuerzos.

El panorama cambió radicalmente en los años noventa, las democracias se generalizaron en América Latina, hubo una liberalización económica en los años que siguieron, sobre todo en los años dos mil y, salvo algunos problemas en Argentina y en Uruguay, hubo un crecimiento económico sostenido, lo sigue habiendo y, por lo tanto, nuestras relaciones tuvieron que cambiar. De ahí que tuviéramos que concentrarnos mucho más en los procesos de democratización y desarrollo económico, y también de apoyo a los movimientos de integración en América Latina —que por cierto datan de 1951— es decir, antes de que se constituyeran las Comunidades Europeas, sin mencionar por supuesto al magno proyecto de Simón Bolívar.

Y esos proyectos han tenido varias fases; una es la fase de MERCOSUR, Comunidad Andina, Mercado Común Centroamericano... que ahora está puesto un poco en entredicho y se orienta más hacia dos ejes, hacia el eje del Pacífico, por una parte, con un crecimiento sostenido, con una liberalización económica, una apertura hacia la globalización, una relación muy estrecha con el otro lado del Pacífico y también el Eje Atlántico, más local, menos abierto a la globalización, pero también con un importante desarrollo económico.

Y la gran, digamos, novedad en las relaciones con América Latina es la emergencia, pujante emergencia, de Brasil como nueva potencia regional y la presencia de China. Estos son, digamos, básicamente, los elementos nuevos en las relaciones con América Latina que exigen,



posiblemente, un nuevo relato, una nueva aproximación a la política hacia América Latina y que, básicamente, tiene que ir por tres carriles paralelamente, es decir: primero, diversificar sus producciones para seguir manteniendo la creación de riqueza. En este sentido, hay que aprovechar sin duda el auge del precio de las materias primas, pero también hay que diversificar la producción. En segundo lugar, hay que establecer un sistema tributario moderno: solamente Brasil tiene una presión fiscal semejante a la presión fiscal que existe en Europa, los demás países no la alcanzan y, por lo tanto, con ese volumen de ingresos es difícil que puedan dar un salto hacia delante en sus sistemas de protección social. Finalmente, el gran problema de nuestra época, en América Latina pero también en otras áreas, es la criminalidad organizada y el narcotráfico. Estos son, digamos, los cambios fundamentales que se han producido en América Latina en los últimos años.

Para terminar, en aquella conferencia del INCIPE se apuntaba ya a algo que está sucediendo hoy plenamente y es el fenómeno de la globalización y los desafíos que esa globalización comporta para todos nosotros y la necesidad de tener en cuenta, también, el cambio de eje político y económico desde Europa y desde el Oeste, hacia el Este y hacia el Sur, con la emergencia de nuevos países, los BRIC (Brasil, Rusia, India, China), pero también con la emergencia de otros países importantes para nosotros, como puede ser, por ejemplo, Turquía, que debe ser un socio importante de la Unión Europea y con el que se debería mantener la tensión de las negociaciones de adhesión, con objeto de que Turquía pueda ejercer de pieza estratégica fundamental para la estabilidad y la seguridad de Europa.

Curiosamente, en los últimos tiempos lo que sí se está viendo es que ese desplazamiento del eje hacia el Este, podría ser en sí mismo una oportunidad, si solamente se produce una pérdida relativa de posiciones por parte de Occidente, tanto de EEUU como de Europa; lo grave sería si fuera no una pérdida de posiciones relativas, sino una pérdida de posiciones absolutas.

Los desafíos son globales y, por lo tanto, solamente aceptarán respuestas globales; y esas respuestas globales, sin duda, pasan por una mayor integración de Europa. En Europa esas respuestas pasan además por

una serie de reformas importantes que hay que realizar porque, de lo contrario, se cumplirá la profecía de un sondeo que dice que los europeos, hoy, piensan, por primera vez en la historia, que pueden vivir peor que sus padres.

Muchas gracias.

## *Josep Piqué*

Ministro de Asuntos Exteriores (2000-2002)

Ministra, ministros, querido presidente Betancur, querida comisaria Ferrero, autoridades, amigos y amigas.

Muchas gracias, en primer lugar, por la invitación y por el recordatorio de que la Fundación Carolina, efectivamente, se pone en marcha durante el periodo en que tuve el honor de encabezar el Ministerio de Asuntos Exteriores. Si me permiten una pequeña petulancia, así fue también con el Real Instituto Elcano, del que me siento también particularmente orgulloso, o con Casa Asia, que son ejemplos de algo que yo tengo muy claro: la política exterior de un país se construye peldaño a peldaño, todos los días, con una visión de continuidad y no tengo dudas de que es tanto más sólida cuanto mayor sea el consenso que suscita.

Creo que una de las obligaciones de cualquier ministro de Asuntos Exteriores, y de cualquier Gobierno, es hacer todo lo necesario para que la política exterior sea el resultado del consenso de la mayoría de las fuerzas políticas y, desde luego, de la sociedad. Y eso no siempre es fácil. Probablemente es mucho más sencillo cuando el país tiene cohesión, tiene fortaleza, tiene prestigio, cuando el país es admirado por sus logros y, por ello, la proyección internacional puede ser también mucho más clara.

Por tanto, creo que más allá de la reflexión que yo pueda hacer hoy, que será muy breve –y no quiero ser por lo tanto muy extenso respecto

a lo que fueron aquellos años en los que yo tuve esa responsabilidad o a los años de los Gobiernos del Partido Popular—, me gustaría insistir en aquellas cosas que creo que tienen que definir una política exterior en las presentes circunstancias. Y como lo hago desde fuera de la política, me puedo permitir hacerlo con mayor libertad, probablemente, que en otras ocasiones.

Entonces, mi primera afirmación es la necesidad del consenso y la necesidad de tener muy en cuenta que la fortaleza de la proyección internacional de un país viene ligada a la fortaleza, a la cohesión y a la solidez de ese país en su fuero interno.

La segunda reflexión sí que liga con algo que ha dicho Carlos Westendorp y que también ha mencionado Marcelino Oreja, que son los ejes tradicionales de la política exterior. Y me voy a permitir discrepar amistosamente de una cosa que nos ha dicho Carlos.

No creo que en las actuales circunstancias las prioridades de nuestra política exterior puedan ser las mismas que hace 15 o 20 años. Y ello por una razón muy sencilla: porque el mundo ha cambiado extraordinariamente. Recuerdo que, cuando entré en el Ministerio, la doctrina en cierta forma prevalente era la de los famosos tres ejes que Carlos Westendorp ha mencionado. Es decir, las tres grandes prioridades eran Europa, el Mediterráneo y América Latina.

Y a mí eso me parecía bien, como es natural, y me sigue pareciendo bien. Pero pensé que a lo mejor teníamos que empezar a ampliar un poco el panorama, el periscopio. Y pensé que valía la pena hacer un esfuerzo para dar un salto cualitativo en un tema que a mí me parecía muy importante: la relación transatlántica y, en particular, la relación con Estados Unidos.

Y, después, abrírnos a un mundo en el que tradicionalmente habíamos estado ausentes con una pequeña excepción histórica, pero que en aquellos momentos se apuntaba ya como algo trascendental para el futuro: Asia. Era necesario hacer un esfuerzo para que en la política exterior española el componente asiático, y el componente del Pacífico, fueran mucho más importantes.

Tengo que hacer una autocrítica, porque en aquellos momentos yo no percibí algo que en estos momentos también creo que es muy im-

portante tener en cuenta: África. No el Mediterráneo, no el norte de África, sino el conjunto del continente.

Por lo tanto, respecto a aquellos famosos tres ejes, que siguen siendo válidos en sí mismos, creo que debemos ahora ver las cosas desde una perspectiva muchísimo más global porque, insisto, el mundo ha cambiado mucho. Y no deja de ser una paradoja algo que a mí me llama poderosamente la atención: hace apenas veinte años, veintiuno, para ser exactos, que cayó el Muro de Berlín. Los que ya tenemos una cierta edad pensábamos que el escenario geoestratégico de la segunda mitad del siglo XX, definida por la división del mundo en bloques, por lo que se llamaba el equilibrio del terror, la teoría de la destrucción mutua asegurada, etcétera, pues con los conflictos que iban surgiendo, más o menos iba a ser –sí me permiten la expresión– eterno, nos parecía que eso iba a ser así para siempre.

Y un día descubrimos con estupefacción –y de nuevo me referiré a eso al final de mi intervención– que caía el Muro de Berlín y que se abría un nuevo escenario desconocido para nosotros. Y apenas año y medio después, ahora se acaban de cumplir 20 años, se desmoronaba nada menos que una construcción política que nos parecía indestructible, que se llamó la Unión Soviética y que se descompuso en 15 países.

Y la paradoja es la siguiente. De esa Guerra Fría, aunque con muchos episodios bélicos, pero siempre colaterales –nunca la confrontación directa, por razones evidentes–, surge un clarísimo vencedor, que es Occidente. Occidente gana la Guerra Fría de manera absolutamente incondicional, sin reservas, por rendición sin condiciones del contrario. Y un Occidente encabezado por Estados Unidos.

En ese momento, algunos politólogos –no olvidemos el famoso artículo de Francis Fukuyama– teorizaron que empezaba el fin de la historia; que, con la victoria de Occidente, el mundo se iba a occidentalizar en su conjunto, que íbamos a vivir bajo el manto protector de una gran superpotencia, única por otra parte, y que todos íbamos a basar nuestro comportamiento colectivo en los valores que Occidente había asumido como propios, que eran básicamente la democracia parlamentaria y representativa, como nosotros la conocemos; la economía de mercado, tal y como nosotros la interpretamos, o nuestra escala de valores, tal y como la interpretamos desde Occidente.

Bien, veintiún años después, esa victoria sin paliativos de Occidente ha dado lugar al proceso más vertiginoso que jamás hubiéramos podido imaginar, de –y pido perdón por el término– “*desoccidentalización*” del mundo.

Esa ruptura de la Guerra Fría, esa ruptura del escenario geoestratégico del siglo XX, ha generado una serie de dinámicas que han hecho que países que hasta entonces pertenecían a lo que llamábamos, en definición hoy ya absolutamente obsoleta, Tercer Mundo, se hayan desarrollado de manera tal que no solo están pidiendo estar en el lugar donde se toman las decisiones, sino ser sujetos muy activos en la toma de decisiones. El mundo se ha *desoccidentalizado*.

Y eso se ha producido en apenas una generación, y en ese apenas una generación hemos roto algo que, de alguna manera, los historiadores pueden compartir con todos nosotros, o desde luego, con mi opinión. Y es cinco siglos de hegemonía occidental desde los descubrimientos y, desde luego, una clarísima y apabullante hegemonía occidental después de las revoluciones industriales que comportó una enorme superioridad tecnológica y una enorme superioridad militar, primero de las potencias europeas, de forma sucesiva y, después y sin ninguna duda a lo largo del siglo XX, de Estados Unidos.

Por lo tanto, creo que estamos asistiendo a un cambio absolutamente trascendental, que si lo ligamos al desarrollo de las nuevas tecnologías y a los flujos de información en tiempo real que todos podemos disponer, lo que nos plantea es un cambio radical no solo en las relaciones internacionales y en las políticas exteriores, sino en la manera en la que tenemos que ver el mundo, desde nuestra propia perspectiva.

Pongo un ejemplo muy concreto y muy didáctico. Nosotros siempre hemos aprendido el mapamundi de una determinada manera, y es con el meridiano de Greenwich en el centro. Es un mapamundi visto desde una visión eurocéntrica y eso nos ha valido durante siglos. Hoy el mapamundi no se puede ver desde la perspectiva del meridiano de Greenwich, porque ese centro de gravedad del mundo se ha ido desplazando a lo largo del siglo XX, sobre todo en la segunda mitad, por el Atlántico, después se ha ido desplazando, y todos podemos estar de acuerdo en eso, por el Pacífico, y probablemente pare, y más pronto que tarde, en algún

sitio cercano al estrecho de Malaka, que es el paso natural entre el Índico y el mar de la China meridional, entre el Índico y el Pacífico. Ahí es donde está el peso demográfico, donde va a estar el peso económico, donde cada vez más va a estar incluso el peso político; y tenemos que ver el mundo desde esa perspectiva y adecuar nuestras políticas exteriores a ese cambio que se ha producido y que me parece trascendental. Por lo tanto, creo que hay una cierta obsolescencia de los planteamientos tradicionales y la necesidad de hacer una reflexión a fondo sobre cómo encajamos en ese nuevo esquema.

Y eso va ligado con lo que tiene que ser una de nuestras –que ha sido, es y tiene que ser– prioridades. ¿Qué papel juega en este nuevo mundo algo que nos parecía absolutamente esencial, pero que estamos descubriendo que en términos relativos está perdiendo posiciones y va perdiendo relevancia estratégica? Estoy hablando de Europa.

Y ahí sí que creo que es absolutamente esencial entender que nuestro papel en el mundo tiene que pasar necesariamente por más Europa. Por un avance serio y directo en la cesión de soberanía, y un avance serio y directo hacia una unión económica, que es la única posibilidad de que sobreviva una unión monetaria. Y para generar una unión económica tenemos que ceder soberanía y, por lo tanto, estamos hablando de un proyecto político.

Y si desde Europa no somos capaces de interpretar correctamente esa necesidad, si seguimos desde la perspectiva de cada uno de los países individuales, cada vez seremos menos relevantes. Por simple evolución aritmética de las economías y de la demografía del resto del planeta.

Por lo tanto, creo que una de las máximas prioridades de nuestra política exterior tiene que ser no solo Europa, entendida como esa prioridad tradicional que todos hemos defendido, sino la necesidad de apoyar más Europa y un proyecto político y un avance hacia la unificación política, y no únicamente en los términos en los que estamos viendo las cosas ahora, sino un avance hacia la unificación política de Europa.

Se trata, pues, de tener una política orientada hacia el nuevo mundo que está surgiendo, que ha surgido y que ha emergido. Hay una serie de expresiones que en poquísimo tiempo se han convertido en obsoletas. Ya no tiene ningún sentido hablar del Tercer Mundo, eso ya no existe como

concepto, ya no existe tal y como lo entendíamos nosotros. Hoy carece de sentido hablar de países emergentes, porque ya han emergido y ¡de qué manera! Ya no tiene sentido hablar de países desarrollados, porque resulta que vas a Yakarta y hay 300 torres como las 4 magníficas que tenemos en Madrid y de las que estamos muy orgullosos, pero ellos tienen nada menos que 300. Y así sucesivamente.

Creo que estamos ante una evolución vertiginosa de los acontecimientos, que nos obliga a reflexionar en términos sobre los cuales ninguno de nosotros tuvo que pensar hace unos años porque el mundo, durante mucho tiempo, estaba cristalizado. Después empezó a cambiar, pero no fuimos capaces de intuir qué es lo que iba a suceder inmediatamente después.

Y eso nos lleva probablemente a una cierta necesidad de modestia y de humildad a la hora de hablar no sólo de la política exterior, sino en general. Porque *a posteriori*—yo soy economista y, por lo tanto, lo puedo decir con toda tranquilidad—, los economistas nos caracterizamos por explicar *a posteriori* perfectamente bien lo que ha sucedido, pero somos incapaces de anticiparnos a lo que va a suceder. Pues es también el caso de la política exterior a nivel global, y déjenme que les ponga algunos ejemplos que me parecen muy sintomáticos.

Lo más importante que ha ocurrido en los últimos 25 años en el mundo, lo más importante, que ha sido la caída del Muro de Berlín, el desmoronamiento de la Unión Soviética, los atentados a las Torres Gemelas que tuvieron lugar justo ahora hace diez años, la profundidad de una crisis económica sin precedentes, o me voy mucho más cerca, las llamadas “primaveras árabes”, en ningún caso hemos sido capaces de anticiparlo.

Ahora, *a posteriori*, todo el mundo dice: “Claro, ya se veía de venir”, como dicen los andaluces. Pero, no, no. Ni los grandes centros de pensamiento, no ya los observadores amateurs de la realidad internacional, que tenemos la información que tenemos, ni los grandes *think tanks* internacionales, ni los servicios de inteligencia, ni la CIA, ni el Mossad, ni el CNI, ni Al Qaeda, fueron capaces ni tan siquiera de intuir lo que nos está sucediendo en estos últimos tiempos, por ejemplo en el norte de África.



Y, por ello, tenemos que hacer un enorme esfuerzo para interpretarlo y para adecuar nuestra política exterior, nuestra proyección internacional a este contexto.

Diré algunas cosas más. La globalización no solo nos explica las grandes transformaciones que se están produciendo... por ejemplo, todos sabíamos que el día que China despertara iba a ser muy importante, pero era muy difícil predecir que a lo mejor en esta misma década, en términos de paridad de poder adquisitivo y en cifras absolutas, China va a ser más importante que Estados Unidos. O la irrupción de India, o la irrupción de Brasil, o la irrupción de México, o del sudeste asiático, de Indonesia o de Vietnam, etc., etc.

Pero, además de todo eso, creo que hay otra circunstancia que tenemos que tener muy presente. Cuando Marcelino Oreja era ministro de Asuntos Exteriores, no diré que la política exterior era algo privativo del ministro de Asuntos Exteriores, pero casi.

A medida que ha avanzado el tiempo, por ejemplo con Carlos Westendorp, la política exterior no dependía de forma tan privativa del ministro, también la hacían otros. En mi caso, por supuesto, era así. Si nos referimos a la actual ministra, aquí hace política exterior todo el mundo. Y es natural, es natural y así debe ser. Porque ya no es solo la expresión de una política hacia el exterior en un mundo compartimentado, en el que la información fluía muy lentamente y en el que el transporte era muy difícil. Ahora podemos ir a cualquier lugar del mundo en poquísimos tiempo y a precios muy baratos. Y desde luego tenemos la información en tiempo real de una manera absolutamente clarísima.

Lo que quiero decir es que no solo tenemos que reformular nuestra reflexión sobre la política exterior, en términos estratégicos, ante esas nuevas realidades, sino que también tenemos que reformular nuestra política exterior, entendiendo que el papel tradicional de los ministerios de Asuntos Exteriores tiene también que repensarse. Y, desde mi punto de vista, la aspiración debe ser: coordinemos todos los esfuerzos necesarios y agrupemos todas las iniciativas en la medida de lo posible en un mundo descentralizado y democrático, para que la proyección internacional de nuestro país en lo económico, en lo político, en lo cultural, en lo turístico, en lo deportivo, en todo, sea una proyección internacional realmente sólida.

Para eso hacen falta recursos y aquí seguro que los cuatro ministros estamos absolutamente de acuerdo. No es posible hacer eso si no hay recursos humanos y materiales suficientes. Y siempre, siempre, hemos solicitado lo mismo y siempre, nuevamente, los ministros de Hacienda que se dedican a eso nos han dicho que no.

Quiero hacer un comentario muy breve sobre Iberoamérica, en el contexto en el que estamos hablando.

Evidentemente, las relaciones con Iberoamérica tienen que tener en cuenta también este nuevo mundo que surge. Y no es lo mismo una Iberoamérica con atraso económico, con dictaduras desde el punto de vista político, con una relación casi obsesiva respecto a la gran potencia del norte que es EEUU, con una Europa que de alguna manera era el espejo donde mirarse en cualquier circunstancia, con una América Latina que, más allá de su relación con el gran y poderoso vecino del norte, ha desarrollado democracias, está desarrollando economías competitivas, que desde luego ve en Europa un *partner* necesario pero que, como cualquier otro lugar del mundo, está mirando también a otros continentes. Y, además, una América Latina con potencias que están emergiendo, con nuevas realidades que tenemos que tener muy en cuenta y que no ocultan —aunque de manera pacífica— su voluntad hegemónica. El ejemplo paradigmático es Brasil en América del Sur, y, por tanto, la política iberoamericana de cualquier Gobierno español tiene que fundamentarse en la necesidad de interpretar esas nuevas realidades y de entenderse con esas nuevas realidades.

He introducido suficientes elementos para la controversia y solo quiero terminar con una reflexión.

Creo que las llamadas primaveras árabes lo que nos han enseñado es que en ese recurrente y eterno debate —que ese sí va a ser eterno y probablemente irresoluble en términos prácticos, desde luego conceptuales, no— entre principios e intereses, que es al final lo que está detrás de la dinámica de la política exterior de todos los países, las primaveras árabes nos han enseñado una cosa, y es que tenemos que hacer un esfuerzo para ir más allá de los tópicos que hemos ido construyendo y que todos nos hemos ido acabando creyendo.

Por ejemplo, el tópico de que la única manera de impedir el avance del islamismo radical en determinados países árabes era a base de apo-

yar regímenes dictatoriales y corruptos, o la creencia de que era muy difícil compaginar el Islam con los comportamientos democráticos, o la creencia de que en esos países no podía haber una exigencia de dignidad, en términos individuales y en términos de valores occidental como la que hemos visto.

Lo que está pasando, y en cada país las circunstancias son distintas, es sobre todo una reivindicación de dignidad, dignidad que no ha venido de las mezquitas, sino que ha venido de la revuelta de los propios individuos que lo que quieren es recuperar esa dignidad y, desde luego, de sus ansias de libertad. Y en ese equilibrio eterno, difícil, a veces imposible entre intereses y valores, yo creo que la defensa de determinados valores, más allá de las hipocresías transitorias, es también muy importante para, al final, también salvaguardar los intereses.

Nada es más importante para nuestros intereses como país que nuestros vecinos árabes tengan democracias institucionalizadas y estables, porque eso seguro que contribuye más a la paz y a la seguridad colectivas que cualquier otra cosa.



## *Trinidad Jiménez*

Ministra de Asuntos Exteriores y Cooperación (2010- )

Muchísimas gracias, Rosa, gracias también a la Fundación Carolina, a Celestino del Arenal por su hermosa obra, a la Casa de América, muchísimas gracias presidente Betancourt por estar aquí, comisaria Benita Ferrero... bueno, muchos altos cargos que los veo y no alcanzo a nombrar a todos, y muchas gracias queridos colegas, queridos ministros, por haber favorecido y facilitado este debate.

Yo coincido con todos vosotros: la política exterior tiene que ser una política de consenso, tiene que ser una política de Estado y, en la medida en que consigamos que sea política de consenso, política de Estado, será una política fuerte, y nos hará fuertes como país, en el mundo. Es cierto que en ocasiones –antes de entrar aquí hemos tenido ocasión de comentar alguna anécdota– hemos tenido diferencias pero, básicamente, hemos podido mantener un consenso que nos ha permitido ir defendiendo el papel, el lugar de España en el mundo, y hemos ido afianzándolo y consolidando nuestra posición.

A Marcelino Oreja le tocó la extraordinaria tarea de sentar las bases de lo que era esa política exterior, construir la política exterior en democracia, y lo cierto es que a lo largo de los siguientes años se ha ido consolidando lo que ahí se apuntó; por lo tanto, yo creo que podemos decir que es verdad que, con matices, variaciones y acentos diversos, hemos conseguido mantener esas prioridades que se trazaron.

Y es cierto que el mundo ha cambiado mucho y se han podido desplazar los ejes, los intereses, la atención en otros aspectos, pero si pensamos cuáles son los ejes básicos de nuestra política exterior, incluso en la actualidad, la Unión Europea –porque ya no es política exterior, es política interna, es política doméstica– sigue siendo el lugar central donde realizamos nuestra política. Hemos hecho una transferencia de soberanía muy importante a Bruselas y es allí donde se van a definir una enorme cantidad de políticas que son básicas para el desarrollo de nuestro país.

Pero si conseguimos mirar hacia nuestro alrededor, también vemos que el Mediterráneo sigue siendo el espacio natural en el cual tenemos que desenvolver nuestra acción exterior. Ocupan un lugar estratégico nuestras relaciones en el conjunto del Mediterráneo, el norte de África y el Oriente Medio.

Y por supuesto América Latina. Creo que la política exterior española cobra valor por su relación privilegiada con esta región. Y es verdad que ha cambiado la manera de relacionarnos con América Latina, que eso también es importante, precisamente por la emergencia del conjunto de los países latinoamericanos, por la fortaleza de sus economías, por la fortaleza de su democracia, por el lugar que ocupan en el mundo.

Pero América Latina tiene que seguir siendo la prioridad en las relaciones de España, y un elemento fundamental de su política exterior. Porque yo creo que no se puede entender España, como país y como sociedad, si no es en relación a América Latina, porque ahí está una parte de nuestro ser, una parte de nuestra alma como país.

Es verdad que la relación transatlántica ocupa en este momento un lugar fundamental, y es esencial para España fortalecer el vínculo transatlántico como hemos venido haciendo los diferentes Gobiernos. También hay que reconocer que la expansión a Asia, con los primeros Planes Asia que inauguraste tú, ministro Piqué, fue también fundamental para ampliar los horizontes de la relación de España con el resto del mundo.

En estos últimos años hemos conseguido ampliar esa relación con el conjunto de los países del África subsahariana, que era una asignatura pendiente. Lo hicimos impulsados por muchas razones,

pero hemos conseguido en los últimos años abrir seis nuevas embajadas en África subsahariana, y además multiplicar el conjunto de las relaciones.

Es cierto que los vectores tradicionales de nuestra política exterior, desde el punto de vista geográfico, se tienen que ver complementados por nuevos desafíos, entre ellos el desafío importantísimo de la globalización. Ya no somos un país, el país que de manera bilateral se relaciona con otro; somos un conjunto de países los que, de manera coordinada, tenemos que responder a los desafíos que son globales. Por tanto, hemos ampliado nuestra capacidad de acción reforzando nuestra posición en los foros multilaterales.

La apuesta por el multilateralismo es la única respuesta eficaz y creíble, si queremos responder a retos como el deterioro progresivo del medio ambiente, pero también el papel de la mujer en el mundo, al mismo tiempo que la defensa de los derechos humanos y la defensa de las democracias y, por supuesto, tenemos que tener en cuenta que tenemos que responder a los desafíos del hambre, la lucha contra el hambre y la pobreza, reforzando nuestra política exterior con una apuesta decidida por la cooperación al desarrollo. Lo mismo ocurre con la lucha contra el terrorismo internacional o la política de seguridad internacional o la política de migraciones.

Todos son elementos nuevos que se van entremezclando con los vectores clásicos de nuestra apuesta y nuestras relaciones con el resto del mundo, pero que se hacen presentes de una manera muy potente, muy importante y que nos damos cuenta que solo si los gestionamos de una manera coordinada y multilateral, podemos responder, con eficacia, a los desafíos que se nos van planteando.

De modo que, de alguna manera, empezamos a completar ese nuevo puzzle, esa nueva forma de relacionarnos y ese nuevo ámbito en el cual tenemos que trabajar.

Lo que tenemos ahora mismo es un escenario global. Es verdad que si no es con una apuesta decidida por hacer una Europa más fuerte, por hacer una Europa más unida, una Europa que tenga resortes de gobernanza, no solamente en el ámbito monetario sino, como decía el ministro Piqué, en el ámbito económico, en este momento teniendo en

cuenta la crisis económica y financiera que se está produciendo a nivel internacional, Europa no puede responder.

Por tanto, necesitamos más Europa, sí, pero más gobernanza económica y esa es la única respuesta posible. Pero también necesitamos más gobernanza global y el G-20 que fue una apuesta también que hicimos de una manera muy decidida, tiene que ofrecer respuestas, pero respuestas que sean obligatorias para todos.

Es decir, no hablo de un Gobierno económico mundial, porque es una quimera todavía en este momento, pero son urgencias que tenemos que plantearnos si queremos resolver los problemas existentes.

Voy a ser muy modesta, porque llevo apenas un año, ni siquiera llevo un año como ministra de Asuntos Exteriores y Cooperación, pero he sido secretaria de Estado para Iberoamérica, de ahí que tenga siempre el corazón muy cercano a América Latina. Pero sí que me ha tocado vivir momentos difíciles y convulsos, que podría resumir en dos ámbitos fundamentales: uno el de las crisis económicas y, por tanto, el cómo atender y cómo responder desde Europa y desde el mundo a esta crisis económica y financiera que estamos viviendo, y, segundo, las relaciones con el conjunto de nuevos países, que ya no son emergentes, porque hace tiempo que han emergido ¡y cómo!, y todo el movimiento de cambios que se está produciendo en torno al Mediterráneo, las llamadas *primaveras árabes*.

Eso ha ocupado gran parte de este último año en el cual he tenido el honor y el privilegio de ser ministra de Asuntos Exteriores. Yo creo que no somos todavía muy conscientes de la enorme trascendencia que están teniendo los procesos de cambio en el norte de África. Ya sé que son difíciles, que se presentan riesgos, que hay dificultades, pero es un proceso de cambio que ya no tiene vuelta atrás.

Supone que los ciudadanos han decidido tomar las riendas de su propio destino y decir: "Queremos vivir en un país democrático y con libertad". Y eso tarda en construirse, pero una vez que los ciudadanos han decidido dar ese paso ya no hay marcha atrás, y por tanto el mundo también va a cambiar gracias a ese eje y gracias a esas nuevas perspectivas de un Mediterráneo con sociedades democráticas y sociedades libres.

Creo que para mí ha sido el elemento más destacado, de mayor fortaleza, que más tiempo me ha ocupado, y hoy justo venía de una com-



parecencia en el Congreso de los Diputados donde hacíamos un balance sobre cuál ha sido el papel de la comunidad internacional en Libia, más allá de las opiniones, de los debates que se pueden hacer en torno a ello, de que siempre se pueden hacer las cosas de una manera u otra. Lo cierto es que la comunidad internacional en su conjunto ha conseguido crear un consenso que va más allá de las ideologías, de los ejes estratégicos, de los focos, de un lugar y de otro. Se ha conseguido crear un consenso que ha permitido que, en este momento, ya se pueda empezar a hablar de una etapa de reconciliación nacional que permita al pueblo libio iniciar un proceso de democratización.

Creo sinceramente que la comunidad internacional ha actuado de una manera rápida, inteligente, coordinada y consensuada. Es un elemento de una enorme trascendencia, cuyas consecuencias todavía no calculamos, pero creo que todos nos hacemos a la idea de lo que suponen ahora esas nuevas relaciones. Y es verdad que Turquía jugará un papel extraordinariamente importante, ya lo está jugando.

Es cierto también que el mundo ha cambiado de un centro muy europeo a ser multipolar; por tanto, yo destacaría la multipolaridad, la distribución de los centros de poder, la globalización, y la necesidad de dar respuestas globales, y desde luego coincido con algunas de las afirmaciones que habéis hecho, en el sentido de que los cambios son imprevisibles. Nadie pudo anticipar lo que ocurriría con la Unión Soviética, con el colapso de la URSS, nadie pudo anticipar lo que ocurriría con la aparición del llamado “terrorismo de carácter internacional”, a raíz del ataque a las Torres Gemelas en EEUU, y nadie pudo anticipar todo lo que está ocurriendo en el mundo mediterráneo, y lo que va todavía a ocurrir en todo el mundo mediterráneo, en el mundo árabe.

Es verdad que la política exterior ya no la hacen solamente los ministerios de Asuntos Exteriores; la política exterior y la política interna cada día ven más difuminadas sus fronteras, todos los ministerios tienen una enorme proyección exterior, por supuesto Justicia, por supuesto Interior, Medio Ambiente, Economía, ¿por qué? Porque necesitamos respuestas globales.

El tema de la seguridad, por ejemplo, solamente se puede responder si se coordina con otros países; la seguridad se hace en base a los ser-

vicios de inteligencia; es la mejor manera de dar respuesta al terrorismo internacional. El medio ambiente, la lluvia ácida, los problemas de contaminación no conocen fronteras, se tiene que hacer a nivel global, a nivel internacional. Por tanto, todos los ministerios y toda la sociedad hacen política internacional.

Quiero ir concluyendo diciendo una cosa que para mí es importante. Yo he hecho política exterior –desde el Partido Socialista, después como secretaria de Estado, ahora como ministra– desde hace mucho tiempo, y quiero destacar que, en parte, la política de Estado y el consenso en la política exterior no la hacemos los Gobiernos y no lo hacemos los ministros, lo hacen los diplomáticos y lo hace la carrera diplomática; y la carrera diplomática es la que a veces da las pautas de garantía, de permanencia, de ese consenso básico. Y como he tenido mucha experiencia a lo largo de mi vida, cuando viajé en el año 1985 a Chile, al Chile de Pinochet, recuerdo cómo me atendió la Embajada en ese momento, en múltiples ocasiones, en situaciones de conflicto, en situaciones de diferencia, siempre, siempre ha habido una embajada, ha habido unos funcionarios diplomáticos que han estado ahí respaldando, pero también quiero destacar cuando fui secretaria de Estado para Iberoamérica o ahora siendo ministra, cómo el elemento fundamental de permanencia, de creación de opinión, de debate, de relaciones con el resto de países a través de las cancillerías, es el elemento que da fortaleza a las políticas que nosotros desde el Gobierno estamos impulsando. Creo que es importante decirlo, porque también merecen ese reconocimiento.

Son momentos convulsos, es verdad Rosa, y son momentos difíciles, pero son también momentos apasionantes, porque siempre que hay riesgo hay oportunidad. Y aunque hay riesgos, –en el sentido de ver los procesos de cambio, las dificultades con que esos cambios están operando– estoy pensando en la oportunidad que se nos presenta de fortalecer instituciones como Naciones Unidas, de hacer una extensión de los derechos humanos, de la democracia, de fortalecer la Corte Penal Internacional, de acabar con la impunidad, de buscar más elementos de cohesión, de cooperación, de colaboración, de coordinación de políticas y, por tanto, de crear un espacio donde todo el mundo se pueda sentir tratado con esa dignidad a que se ha hecho referencia.

También se han creado relaciones internacionales que son mucho más simétricas. Me siento mucho más cómoda sabiendo que con el que hablo puedo hablar de una manera directa, relaciones basadas en el respeto y eso es algo que también se ha ido consiguiendo en estos últimos años. Quizás una de las obsesiones que yo tengo a la hora de relacionarme con el resto del mundo, es lograr que todos los países del mundo se sientan tratados con el mismo respeto con independencia de su tamaño, con independencia de su PIB y con independencia de su tradición. Eso también es algo que a nosotros nos ha marcado mucho.

Y termino diciendo que cuando el presidente Zapatero propuso y planteó la iniciativa de la Alianza de Civilizaciones, lo hizo pensando precisamente en eso: solamente el entendimiento entre las culturas, entre las religiones, entre las sociedades, puede sentar las bases de unas relaciones basadas en el respeto y, por tanto, que nos permitan vivir en un espacio de paz y seguridad.

Muchas gracias.



**FUNDACIÓN CAROLINA**

Calle General Rodrigo, 6 - 4º. Edificio Germania  
28003 Madrid. España  
[www.fundacioncarolina.es](http://www.fundacioncarolina.es)

Con motivo de la publicación del libro *Política exterior y relaciones con América Latina*, del profesor Celestino del Arenal, en la colección conjunta de la Fundación Carolina con la editorial Siglo XXI de España, la Fundación organizó, el 14 de septiembre de 2011, en colaboración con Casa de América, un debate sobre este tema, que fue moderado por Rosa Conde, y en el que participaron los exministros de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja, Carlos Westendorp, Josep Piqué y la actual ministra Trinidad Jiménez. Sus intervenciones quedan recogidas en esta publicación.